

tiene el alma procedente del Demiurgo; el cuerpo del lodo; su envoltura carnal de la materia; y su hombre espiritual de su Madre Acamoth.

La misión del Salvador en el mundo

6,1. Por tanto, según ellos, hay tres elementos: Uno hílico (material), al que llaman también de la izquierda, parecerá irremisiblemente, incapaz como es de recibir ningún soplo de incorruptibilidad; otro psíquico, al que llaman también de la derecha ocupa el lugar intermedio entre el espiritual y el material, se volverá del lado adonde se incline; en cuanto al elemento espiritual, ha sido enviado a fin de que, juntamente con el elemento psíquico, reciba aquí abajo su «formación», siendo instruido con el elemento psíquico durante su estancia en él. Pretenden que este elemento espiritual sea la sal y la «luz del mundo»^a. Eran necesarias también para el elemento psíquico las enseñanzas sensibles.

Por esta razón fue creado el mundo y ha venido el Salvador en ayuda del elemento psíquico, que está dotado de libertad, para salvarlo. Dicen que el Salvador ha tomado las primicias de lo que debía salvar: de Acamoth ha recibido el elemento espiritual, ha sido revestido por el Demiurgo del Cristo psíquico, y, en fin, a causa de la «economía» se ha visto cubierto de un cuerpo, que tiene una substancia psíquica, preparada con un arte inenarrable, de manera que es visible, palpable y pasible: en cambio no ha tomado absolutamente nada de la substancia material, porque la materia no puede salvarse.

La consumación final tendrá lugar cuando haya sido «formado» y hecho perfecto, por medio de la «gnosis», todo el elemento espiritual, es decir, los hombres espirituales, aquellos que ponen la «gnosis» perfecta respecto a Dios y han sido iniciados

6,1 a) Mat. 5, 13-14.

en los misterios de Acamoth: dicen que esos hombres son ellos mismos.

6,2. En cambio, éstas son las enseñanzas psíquicas que han recibido los hombres psíquicos, que son fortalecidos por medio de las obras y de la fe desnuda y no poseen una «gnosis» perfecta: estos hombres, según ellos, son los que pertenecen a la Iglesia, es decir nosotros. Por eso, declaran que es indispensable para nosotros una buena conducta: sin la cual no hay posibilidad de salvación. En cambio ellos se salvarán de todas las maneras, no por sus obras, sino porque son espirituales por naturaleza.

De la misma manera que el elemento «terreno» no puede salvarse —porque no hay en él, según ellos, capacidad receptiva de salvación— así el elemento espiritual, que pretenden constituir ellos, no puede sufrir la corrupción, cualesquiera que sean las obras realizadas por ellos. De la misma manera que el oro, depositado en el fango, no pierde su brillo, sino que conserva su naturaleza, porque el fango no es capaz de perjudicarlo en nada, así ellos, cualesquiera que sean las obras materiales en que se encuentran envueltos, no reciben ningún daño ni pierden su substancia espiritual.

6,3. Por eso los más perfectos de entre ellos cometan sin temor todas las acciones prohibidas, aquellas de las que las Escrituras afirman «los que las hacen no poseerán en herencia el reino de los cielos»^a. Comen sin discernimiento las viandas ofrecidas a los ídolos, estimando no ser de ninguna manera mancillados por ellas.

Son los primeros en mezclarse en todas las diversiones que se dan en las fiestas paganas, celebradas en honor de los ídolos. Algunos de ellos no se abstienen ni siquiera de los espectáculos homicidas, que horrorizan tanto a Dios como a los hombres, en que los gladiadores luchan contra las fieras o combaten entre sí¹. Algunos, haciéndose hasta la saciedad esclavos de los placeres

6,3 a) Gal. 5, 21. — 1 Esta última frase viene en el texto griego.

carnales, dicen que lo carnal se paga con lo carnal y lo espiritual con lo espiritual. Algunos de ellos comercian en secreto con las mujeres que adoctrinan, como lo han reconocido con frecuencia, con otros errores suyos, las mujeres seducidas por ellos y convertidas después a la Iglesia de Dios.

Otros, procediendo abiertamente y sin el menor pudor, han apartado de sus maridos, para unirse a ellas en matrimonio, las mujeres de las que se habían enamorado. Incluso otros, después de unos comienzos llenos de gravedad, en que fingían habitar con las mujeres como con hermanas, han visto, con el transcurso del tiempo, descubierto su engaño, al quedar la hermana embarazada de su supuesto hermano.

6,4. Aun cuando cometan muchas otras infamias e impiedades, nosotros, que por temor de Dios nos guardamos de pecar incluso de pensamiento y de palabra, nos vemos tratados por ellos como simples e ignorantes; en cambio se exaltan desmesuradamente a sí mismos, otorgándose los títulos de «perfectos» y de «simientes de elección». Dicen que nosotros hemos recibido la gracia solamente para usar de ella: por eso nos será quitada. Y que ellos poseen en propiedad esa gracia, que ha descendido de arriba de una syzygia inefable e inominable: y les será aumentada todavía^a.

Por eso es preciso que mediten sin cesar de todas las maneras en el misterio de la syzygia.

Y he aquí lo que hacen creer a los insensatos, hablándoles en estos términos: «Quienquiera que está en el mundo^b, si no ha amado a una mujer con la intención de unirse a ella, no es» de la Verdad^c «y no pasará a la Verdad; mas aquél que es del mundo^d, si se une a una mujer, no pasará a la verdad, porque se ha unido a esa mujer en la concupiscencia». Por tanto a los que somos llamados psíquicos y somos, según ellos, «del mundo», nos son necesarias la continencia y las buenas obras para poder, gracias a

6,4 a) Luc. 19, 26; b) Jn. 17, 11; c) Jn. 18, 37; d) Jn. 17, 14-16.

ellas, llegar al lugar del Intermediario; no así para los que se llaman «espirituales» y «perfectos», porque no son las obras las que introducen en el Pleroma, sino la «simiente» que, emitida pequeñita desde arriba, se perfecciona aquí abajo.

Destino final de las tres substancias y algunas aclaraciones

7,1. Cuando toda simiente haya alcanzado su perfección, dicen que su Madre Acamoth abandonará el lugar del Intermediario y entrará en el Pleroma; y recibirá allí como esposo al Salvador salido de todos los Eones, para que se haga una syzygia (pareja) entre el Salvador y la Sabiduría, que es Acamoth. Son éstos «el esposo» y «la esposa»^a; y la cámara nupcial será el Pleroma entero.

En cuanto a los espirituales, despojados de sus almas y, hechos espíritus de pura inteligencia, entrarán de manera inasible e invisible en el interior del Pleroma, para ser entregados como esposas a los ángeles que rodean al Salvador. También el Demiurgo cambiará de lugar: pasará al lugar de su Madre la Sabiduría, esto es, al lugar del Intermediario. Las almas de los justos, también ellas, reposarán en el lugar del Intermediario, porque nada psíquico podrá pasar al interior del Pleroma. Después de esto, el fuego que está oculto en el mundo brotará, se inflamará y, destruyendo toda la materia, se consumirá juntamente con ella para volver a la nada. Aseguran que el Demiurgo no ha sabido nada de esto hasta la venida del Salvador.

7,2. Hay quienes dicen que también el Demiurgo ha emitido a un Cristo, como a un hijo suyo, mas a un Cristo psíquico como él; y es de este Cristo de quien ha hablado por medio de los profetas. Es el que ha pasado a través de María, como el agua por un caño, y aquel sobre quien, cuando se bautizó, descendió en forma de paloma el Salvador; que, perteneciendo al Pleroma, fue emitido por todos los Eones; en él se encuentra también la simiente

7,1 a) Jn. 3, 29. — 7,2 a) Mat. 3, 16. Luc. 3, 22.

espiritual salida de Acamoth. Dicen que Ntro. Señor estaba compuesto de cuatro elementos conservando así la figura de la fundamental y primitiva Tétrada: del elemento espiritual, procedente de Acamoth; del elemento psíquico, procedente del Demiurgo; del elemento de la «economía», preparado con un arte indecible; y del Salvador en fin, es decir, de la paloma que descendió sobre él. Este Salvador perseveró impasible —porque no podía sufrir, siendo inasible e invisible—; y por eso, cuando Cristo fue llevado donde Pilato, el Espíritu, que había sido depositado en él, le fue arrebatado. Más aún: dicen que no sufrió nada tampoco la simiente procedente de la Madre, porque era impasible también ella y espiritual, e invisible incluso para el Demiurgo mismo. Por tanto no sufrió, según ellos, más que el Cristo psíquico y aquél que fue establecido según la «economía»: este doble elemento sufrió «en el misterio», a fin de que, a través de él, la Madre manifestara la figura del Cristo de arriba, que se tendió sobre la Cruz y formó a Acamoth con una formación según la substancia. Porque, tal como ellos dicen, todas las cosas de aquí abajo son figuras de las cosas de arriba.

7,3. Las almas, que poseían la simiente procedente de Acamoth, eran, según ellos, mejores que las demás: por eso el Demiurgo las amaba más, sin saber la razón de su superioridad, sino imaginándose que eran tales gracias a él. Y así las ponía como profetas, sacerdotes y reyes.

Cuentan que muchas palabras fueron dichas por esta simiente por boca de los profetas, porque era de una naturaleza superior. Mas afirman que la Madre ha dicho también ella un gran número de cosas de arriba; pero por medio del Demiurgo y por medio de las almas creadas por él. A causa de ello dividen las profecías diciendo que una parte de ellas procede de la Madre, otra de la simiente, y otra, en fin, del Demiurgo. Afirman también que algunas palabras de Jesús procedían del Salvador, otras de la Madre, otras en fin del Demiurgo, tal como mostraremos en el tránscurso de nuestra disertación.

7,4. El Demiurgo, que ignoraba las realidades de arriba, quedaba muy conmovido con las palabras en cuestión; sin embargo las menospreció atribuyéndoles tanto una causa como otra: ya el espíritu profético, que tuvo también su propia conmoción, ya el hombre, ya una mezcla de elementos inferiores. Permaneció en esa ignorancia hasta la venida del Salvador. Tan pronto como llegó éste, el Demiurgo, según ellos, aprendió de él todas las cosas, y muy contento se unió a él con todo su poder.

Era el centurión aquel del Evangelio, que decía al Salvador: «Yo tengo bajo mis órdenes soldados y siervos que hacen lo que les ordeno»^a.

Realizaría él la «economía» correspondiente a la creación del mundo, hasta el tiempo oportuno, sobre todo a causa del cuidado de la Iglesia, del que se hace cargo, y también a causa del conocimiento del premio que le está preparado, que consistirá en ser trasladado al lugar de la Madre.

7,5. Dicen que hay tres clases de hombres: espirituales, psíquicos y terrenos, tal como fueron Caín, Abel, y Set: porque a partir de éstos quieren establecer la existencia de tres naturalezas, que se encuentran no en un solo individuo, sino en el conjunto del género humano. El elemento terreno irá a parar a la corrupción. El elemento psíquico, en caso de elegir lo mejor, descansará en el lugar Intermedio; mas, si eligiere lo peor, volverá a ser algo semejante a lo que es. En cuanto a los elementos espirituales, que siembra Acamoth desde el principio hasta ahora en las almas «justas», después que éstas han sido instruidas, alimentados aquí abajo —porque han sido emitidos muy pequeñitos— cuando sean considerados ya dignos de la «perfección», serán entregadas como esposas, según ellos, a los Ángeles del Salvador, en tanto que sus almas irán necesariamente al lugar del Intermediario, para descansar allí eternamente con el Demiurgo. Las almas mismas, según ellos, se subdividen en dos categorías:

7,4 a) Mat. 8, 9. Luc. 7, 8.

Las que son buenas por naturaleza y las que son malas también por naturaleza.

Las buenas son aquellas que son capaces de recibir la simiente; por el contrario, las que son malas por naturaleza no pueden de ninguna manera recibir esa simiente.

Exégesis gnósticas

8,1. Tal es la doctrina, que ni los profetas la han predicado, ni el Señor la ha enseñado, ni los apóstoles la han transmitido, cuyo conocimiento se jactan de haberlo recibido más excelente que todos los demás hombres. Alegando textos que no figuran en las Escrituras y empleando, como se dice, trenzas de cuerdas hechas de arena, se esfuerzan por acomodar a sus dichos, de una manera plausible, tanto las parábolas del Señor, como los oráculos de los profetas y las palabras de los apóstoles, a fin de que su ficción no aparezca desprovista de testimonio, trastornando la disposición y la trabazón de las Escrituras y, en cuanto depende de ellos, dislocando los miembros de la verdad. Trasfieren y trasforman y, haciendo una cosa de otra, seducen a muchos por medio del fantasma inconsistente que se forma de las palabras del Señor así acomodadas. Es como si del auténtico retrato de un rey, realizado con gran esmero por un hábil artista de piedras preciosas, alguien, para borrar los rasgos del hombre, cambiara la disposición de las piedras, de manera que hiciera aparecer la imagen torpemente dibujada de un perro o de un zorro, y declarara después que era ése el auténtico retrato del rey, efectuado por el hábil artista: y mostrando las piedras —las mismas, que el primer artista había dispuesto hábilmente para dibujar los rasgos del rey, y que el segundo vino a cambiar inadecuadamente en la imagen de un zorro—, por el brillo de ellas, llegara a engañar a los simples, es decir, a los que ignoraran los rasgos del rey, y les persuadiera que esa detestable imagen del zorro era el auténtico retrato del

rey. Así también estas gentes, después de haber unido entre sí los cuentos de viejas (a), arrancando de aquí y de allí textos, sentencias y paráboles, pretenden acomodar a sus fábulas las palabras de Dios. Nosotros hemos hecho notar ya los pasajes escriturarios, que ellos aceptan a los acontecimientos acaecidos en el Pleroma.

8,2. He aquí ahora los textos, que ellos tratan de aplicar a los acontecimientos ocurridos fuera del Pleroma. El Señor, dicen ellos, vino a su Pasión en la consumación de los tiempos^a, para mostrar la pasión acaecida en el último de los Eones y para dar a conocer por su fin, cuál fue el fin de la producción de los Eones.

La niña de doce años, hija del jefe de la sinagoga, que el Señor, de pie junto a ella, la rescató de entre los muertos^b, era, según ellos, la figura de Acamoth, a la que su Cristo, clavado en la Cruz, la formó y la llevó para que conociera la Luz que la había abandonado. Que el Salvador ha aparecido a Acamoth, cuando se encontraba fuera del Pleroma en estado de aborto todavía, lo atestigua Pablo, según ellos, en su primera carta a los Corintios con estas palabras: «Y después de todos, como a un abortivo también se me apareció a mí»^c. Esta venida del Salvador a Acamoth, acompañado de sus coetáneos, está manifestada igualmente por Pablo en la misma carta, donde dice que: «la mujer debe llevar en la cabeza una señal de sujeción a causa de los Ángeles»^d. Y que, al llegar el Salvador donde ella, Acamoth se ha cubierto con un velo por reverencia, (lo ha dado a conocer Moisés, cubriéndose la cara con un velo)^e. Dicen que el Señor ha manifestado las pasiones sufridas por Acamoth. Así, cuando dijo en la Cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?^f, manifestó que la Sabiduría había sido abandonada por la luz y fue impedida por el Límite para que avanzara.

8,2 a) I Pedro 1, 20; b) Luc. 8, 41-42; c) I Cor. 15, 8; d) I Cor. 11, 10; e) Ex. 34, 33-35. II Cor. 3, 13; f) Mat. 27, 46. Ps. 21, 2. — 1 La frase entre paréntesis viene en el texto griego, no en la traducción latina.

Hizo conocer también la tristeza de esta misma Sabiduría, al decir: «Mi alma está llena de tristeza ^g»; su temor, al decir: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz» ^h, su angustia, de la misma manera, diciendo: «No sé qué decir» ⁱ.

8,3. Enseñan que el Señor ha dado a conocer a tres clases de hombres de la manera siguiente: al hombre hílico (terreno), cuando al que le decía: «Te seguiré»; le respondió: «El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza ^a»; al hombre psíquico cuando al que le decía: «Te seguiré, pero permíteme que me despida antes de mi familia», le dijo: «Nadie, que ponga la mano en el arado y mire atrás, es apto para el reino de Dios» ^b. Este hombre, según ellos, era del lugar Intermedio. De la misma manera aquél, que confesaba haber cumplido con muchos deberes de «justicia», pero rehusaba a continuación seguir al Salvador, vencido por unas riquezas, que le impedían llegar a ser «perfecto» ^c, pertenecía también a los psíquicos. El Señor ha señalado al hambre espiritual con estas palabras: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú vete y anuncia el reino de Dios» ^d; así como con las palabras dirigidas a Zagueo el pulicano: «Baja pronto, porque conviene que hoy me hospede en tu casa» ^e.

Estos hombres lo proclaman ellos, pertenecen a la clase espiritual. También la parábola de la levadura, que nos describe a una mujer ocultando la levadura en tres sacos de harina ^f, designa, según ellos, a las tres clases de hombres: enseñan que la mujer es la Sabiduría; los tres sacos (medidas) de harina son las tres clases de hombres: espirituales, psíquicos y terrenos; la levadura es el Salvador mismo. También Pablo habla en términos precisos de: terrenos, psíquicos y espirituales.

8,2 g) Mat. 26, 38; h) Mat. 26, 39; i) Jn 12, 27. — 8,3 a) Mat. 8, 19-20. Luc. 9, 57-58; b) Luc. 9, 61-62; c) Mat. 19, 16-22; d) Mat. 8, 22. Luc. 9, 60; e) Luc. 19, 5; f) Mat. 13, 33. Luc. 13, 20-21.

Dice en una parte: «Cuál es el terrestre, tales son los terrestres»^g. Y en otro lugar: «El hombre psíquico no percibe las cosas que son del Espíritu»^h. También en otra parte: «El espiritual juzga de todo»ⁱ. La frase: «El hombre psíquico (animal) no percibe las cosas que son del Espíritu» dicen que fue dicha del Demiurgo, quien, siendo psíquico, ni conocía a la Madre que es espiritual, ni a la simiente de ella, ni a los Eones del Pleroma. Pablo afirma también que el Salvador tomó las primicias de los qué iba a salvar: «Si la primicia es santa, también la masa»^j. Las primicias, según ellos, son el elemento espiritual; la masa somos nosotros, es decir, la Iglesia psíquica; el Salvador ha tomado esta masa y la ha incrementado, porque él es la levadura.

8,4. Como Acamoth se ha extraviado fuera del Pleroma, ha sido formada por Cristo y buscada por el Salvador; dicen que esto lo ha manifestado él al decir que ha venido en busca de la oveja perdida^a. Refieren que la oveja perdida es su Madre, de la que pretenden que ha nacido la Iglesia de aquí abajo; el extravío de esta oveja es su estancia fuera del Pleroma, en el seno de todas las pasiones, de donde, según ellos ha salido la materia.

En cuanto a la mujer que barre su casa y encuentra el dracma^b es la Sabiduría de arriba, que ha perdido su Enthímesis, y que, más tarde, cuando todas las cosas hayan sido purificadas por la venida del Salvador, la volverá a encontrar: porque, según su creencia, esta Enthímesis debe ser reestablecida en el interior del Pleroma. Simeón, que recibió en sus brazos a Cristo y dio gracias a Dios diciendo: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo ir en paz, según tu palabra^c», es, según ellos, la figura del Demiurgo, que, al llegar el Salvador, conoció su cambio de lugar y dio gracias al Abismo (Bytho).

En cuanto a Ana la profetisa, de la que dice el Evangelio que vivió siete años con su marido y perseveró viuda todo el tiempo

8,3 g) I Cor. 15, 48; h) I Cor. 2, 14; i) I Cor. 2, 15; j) Rom. 11, 16. — 8,4
a) Mat. 18, 12-13. Luc. 15, 4-7; b) Luc, 8-10; c) Luc. 2, 29.

restante, hasta el momento en que vio al Salvador, le conoció y habló de él a todo el mundo^d manifiestan que simboliza claramente a Acamoth: que, habiendo visto antiguamente durante un breve momento al Salvador con sus coetáneos, permanece después todo el resto del tiempo en el lugar del Intermediario, esperando que él vuelva y la restablezca en su syzygia (pareja).

Su nombre ha sido indicado por el Salvador en esta palabra: «La Sabiduría ha sido justificada por sus hijos»^e. Y por Pablo en estos términos:

«Entre los perfectos predicamos la Sabiduría»^f.

De la misma manera también las parejas (syzygias), que existen dentro del Pleroma, han sido dadas a conocer claramente por Pablo con la muestra de una de ellas: hablando del matrimonio de aquí abajo, dice: «Este misterio es grande; mas yo lo digo, en orden a Cristo y a la Iglesia»^g.

8,5. Enseñan también que Juan, discípulo del Señor, ha dado a conocer a la primera Ogdóada. He aquí sus propias palabras: Juan, discípulo del Señor, queriendo exponer el origen de todas las cosas, es decir, la manera cómo el Padre ha emitido todas las cosas¹, pone en la base a un cierto «Principio», que es lo primero que ha sido engendrado por Dios, al que llama también «Hijo»^a y «Unigénito de Dios»^b y en el que el Padre ha emitido todas las cosas a manera de semilla. Por este principio, dice Juan, ha sido emitido el «Verbo» y, en él, la substancia entera de los Eones, que el Verbo mismo ha formado a continuación. Puesto que Juan habla de la primera génesis, con razón comienza su enseñanza por el Principio o Hijo y por el Verbo. Se expresa así: En el Principio existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios: El estaba en el Principio con Dios^c.

8,4 d) Luc. 2, 36-38; e) Luc. 7, 35; f) I Cor. 2, 6; g) Ef. 5, 32. — 8,5 a) Jn. 1, 34-49; 3, 18; b) Jn. 1, 18; c) Jn. 1, 1-2. — 1 Desde la palabra Juan hasta aquí viene en el texto griego, pero no en el texto latino.

Ante todo, según ellos, Juan distingue tres términos: Dios, el Principio y el Verbo; a continuación los junta. A fin de mostrar, de una parte, la emisión de cada uno de los dos términos, a saber, del Hijo y del Verbo; y, por otra, la unión que tienen entre sí al mismo tiempo que con el Padre. Porque en el Padre y viniendo del Padre está el Principio; en el Principio y viniendo del Principio esté el Verbo. Por tanto se expresó perfectamente Juan cuando dijo:

«En el Principio estaba el Verbo»: El Verbo en efecto estaba en el Hijo. «y el Verbo estaba con Dios» (vuelto a Dios): el Principio lo estaba también. «Y el Verbo era Dios»: una simple consecuencia, puesto que lo que ha nacido de Dios es Dios. «Este Verbo estaba en el Principio vuelto a Dios (con Dios)»: esta frase indica el orden de la emisión. «Todo fue hecho por Él y sin él nada se hizo»^d: en efecto, para todos los Eones, que han venido después de Él, el Verbo ha sido la causa de su formación y nacimiento. Mas, prosigue Juan: «cuanto ha sido hecho en él es Vida»^e. Señala aquí una syzygia (pareja): Porque todas las cosas, dice él, han sido hechas por medio de El, mas la Vida está en él. Y lo que está en él es cosa más próxima a él que lo que ha sido hecho por medio de Él: esta Vida le está unida, y da fruto gracias a Él. Y añade Juan: «Y la Vida era la luz de los Hombres»^f. Aquí, al decir Hombres, indica con ese nombre la «Iglesia», a fin de mostrar con el empleo de un solo nombre la unión de la pareja (syzygias): porque del Verbo y de la Vida provienen el Hombre y la Iglesia. Juan llama a la Vida: «Luz de los Hombres», porque éstos han sido iluminados por ella, o, más bien, formados y manifestados.

Esto mismo es lo que dice Pablo: «Todo lo que es manifiesto es Luz»^g. Por tanto puesto que la Vida ha manifestado y engendrado al Hombre y a la Iglesia es llamada su Luz. Así, por estas palabras, ha mostrado claramente Juan, entre otras cosas, la

8,5 d) Jn. 1, 3; e) Jn. 1, 3-4; f) Jn. 1, 4. — 8,5 g) Ef. 5, 13.

segunda Tétrada: Verbo y Vida, Hombre e Iglesia. Mas ha indicado también la primera Tétrada. Porque, al hablar del «Salvador» y decir que todo lo que está fuera del Pleroma ha sido formado por él, dijo al mismo tiempo que el Salvador es el fruto de todo el Pleroma. En efecto, él llama la «Luz» a lo que brilla en las tinieblas y no ha sido comprendida por ellas^h, porque al armonizar enteramente todos los productos de la pasión ha quedado ignorada de ellos. Juan llama también a este Salvador: «Hijo», «Verdad», «Vida» y «Verbo, que se hizo carne», cuya gloria hemos visto, dice, y su gloria era cual correspondía al Unigénito, y que le había sido dada por el Padre a él, lleno de «Gracia» y de «Verdad».

He aquí las palabras de Juan: y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros vimos su gloria, gloria cual de Unigénito venido del Padre lleno de Gracia y de Verdadⁱ. Por tanto Juan ha manifestado también con exactitud la primera Tétrada: Padre y Gracia, Unigénito y Verdad.

Así es como ha hablado también de la primera Ogdóada, Madre de todos los Eones: ha nombrado al Padre y a la Gracia, al Unigénito y a la Verdad, al Verbo y a la Vida al Hombre y a la Iglesia. Así se expresa también Ptalomeo.

9,1. Por tanto ya ves, carísimo, de qué artificios se valen para engañarse a sí mismos, tergiversando las Escrituras y tratando de dar por medio de ellas consistencia a su ficción. Por eso he referido sus mismos dichos y ardides, para que tú puedas constatar la falsedad de sus artificios y la perversidad de sus errores^a. Ante todo, si Juan se hubiera propuesto manifestar la Ogdóada de arriba, hubiera conservado el orden de las emisiones: la primera Tétrada, como más respetable, según ellos, la hubiera colocado con los primeros nombres y hubiera agregado a continuación la segunda (Tétrada), a fin de hacer ver por el orden de los nombres el orden de los Eones de la Ogdóada; y no hubiera mencionado

8,5 h) Jn. 1, 5; i) Jn. 1, 14. — 9,1 a) Ef. 4, 14.

la primera Tétrada muy al final, como si la hubiera olvidado durante largo intervalo de tiempo, y la hubiera recordado después de repente. Después si hubiera querido indicar las parejas (syzygias) no hubiera callado el nombre de la Iglesia, sino que una de dos, o bien, se hubiera conformado también en las demás parejas con nombrar a los Eones masculinos, dejando que los femeninos fueran sobreentendidos, y ello a fin de guardar perfectamente la unidad; o bien, si hubiera nombrado a las compañeras de los demás Eones, hubiera debido indicar también la compañera del Hombre, en vez de hacernos adivinar su nombre.

9,2. Por tanto salta a la vista la falsedad de su exégesis. En realidad proclama Juan a un solo Dios todopoderoso y a su Unigénito Hijo Cristo Jesús, por quien todo fue hecho^a; este es el Verbo de Dios^b, el Unigénito^c, el Autor de todas las cosas, la luz verdadera que ilumina a todo hombre^d, al Autor del Universo^e; el que ha venido a su propiedad^f, el mismo que se hizo carne y habitó entre nosotros^g. Estas gentes, en cambio, tergiversando con sus argucias capciosas la exégesis del texto, pretenden que, según la emisión, uno sea el Unigénito, al que llaman también el Principio, otro el Salvador, otro el logos, esto es el Verbo, hijo del Unigénito, otro en fin el Cristo emitido para la reparación del Pleroma. Apartando cada una de las palabras de la Escritura de su verdadero significado y usando de sus nombres de manera arbitraria, los han cambiado en el sentido de su sistema, de tal manera que, según ellos, en un texto tan largo Juan no ha hecho mención del Señor Jesu-Cristo.

Porque al mencionar al Padre y a la Gracia, al Unigénito y a la Verdad, al Logos y a la Vida, al Hombre y a la Iglesia, Juan, según su sistema, habrá mencionado simplemente a la primera Ogdóada, en la que no se hallan todavía ni Jesús, ni Cristo, el Maestro de Juan. En realidad así como el Apóstol no ha hablado de las parejas de Eones, sino de Nuestro Señor JesuCristo, del

9,2 a) Jn. 1,3; b) Jn. 1,1; c) Jn. 1, 18; d) Jn. 1, 9; e) Jn. 1,10; f) Jn. 1, 11; g) Jn. 1, 14.

que sabe que es el Verbo de Dios, así nos lo mostró también Juan. Volviendo en efecto a Aquel de quien ha dicho más arriba que estaba en el principio^h, es decir al Verbo, añade esta frase precisa: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros»ⁱ.

Según su sistema, en cambio, el Verbo no se hizo carne, porque él no ha salido jamás del Pleroma; el que ha salido de todos los Eones y es posterior al Verbo es el Salvador.

9,3. Aprended por tanto, insensatos, que Jesús, que ha sufrido por nosotros^a, y ha habitado entre nosotros^b; es el Verbo mismo de Dios.

Si algún otro Eón se hubiera hecho carne por nuestra salvación, se podría admitir que el Apóstol haya hablado de ese otro; mas, si Aquél, que ha descendido y ascendido^c, es el Verbo del Padre, el Hijo único del Dios único, encarnado por los hombres, según el beneplácito del Padre, entonces Juan no habla ni de ningún otro, ni de una supuesta Ogdóada, sino más bien del Señor Jesu-Cristo. Porque, según ellos, el Verbo no se hizo carne, propiamente hablando: el Salvador, dicen ellos, se revistió de un cuerpo psíquico, procedente de la «economía» y preparado por una providencia inefable, de tal manera que pudiera hacerse visible y palpable. Mas, les responderemos nosotros, que la carne es aquella antigua plasmación del lodo de la tierra, realizada por Dios al principio en Adán, y que, según Juan, es la misma carne en que se ha convertido realmente el Verbo de Dios. Con ello se deshace la primitiva y fundamental Ogdóada. Porque una vez probado que el Verbo, el Unigénito, la Vida, la Luz, el Salvador, el Cristo y el Hijo de Dios son el mismo ser, que se encarnó precisamente, por nosotros, queda deshecha su Ogdóada.

Reducida ésta a la nada, se hunde todo su sistema, que es un vano sueño para cuya defensa maltratan las Escrituras.

(Porque, después de haber forjado su sistema de muchas piezas)¹.

9,2 h) Jn. 1, 1; i) Jn. 1, 14. — 9,3 a) I Pedr. 2, 21; b) Jn. 1, 1 4; c) Ef. 4, 10. Jn. 3, 13. — 1 Lo que está entre paréntesis está en el texto griego.

9,4. resumen a continuación los textos y los nombres esparcidos y, como lo hemos dicho ya, los pasan del significado natural a un significado que les es extraño.

Hacen como los que se proponen presentar cuestiones controvertidas, amañándolas con versos de Homero de manera que piensen los ignorantes que fue Homero el que compuso los versos sobre esas cuestiones enteramente nuevas; muchos de ellos se dejan sorprender a causa de la serie bien ordenada de versos y se preguntan si no sería realmente Homero el Autor del poema. He aquí cómo se ha podido describir con versos de Homero el envío de Hércules al perro del Hades hecho por Eurysteo nada nos impide recurrir a un ejemplo similar, porque se trata de una tentativa del todo idéntica tanto en un caso como en otro:

Versos de Homero

Habiéndole hablado así, le despedía de la puerta llorando¹ al noble Hércules, autor de famosas hazañas (Odis. 21), Eurysteo, hijo de Stenelo el Persa (Iliada 19,23, y le encargaba rescatar del Erabo al perro del cruel (Hades) (Ilíad. 3,368).

El partió, como un ágil león alimentado en las montañas (confiando en su fuerza (Od. 6, 130), a través de la villa (por la mitad de la ciudad). Sus amigos todos juntos (le seguían [Iliad. 24,327]), tanto los ancianos, como los niños, como las muchachas solteras y (viejos infortunados [Od. 11,38]), exhalando lamentos lastimeros, como si (marchara a la muerte [Ilíad. 24,328]).

Le acompañaba Hermes, así como Atenea de ojos azules (Od. 11,626), porque sabían qué pena sentía en su corazón (su hermano [Iliad. 2,409]).

¿Quién es el simple que no se deje sorprender por estos versos y no crea que Homero los compuso como para este tema?

1 A pesar de sus sollozos.

Quien esté versado en relatos homéricos podrá reconocer los versos, no reconocerá en cambio el asunto tratado: sabrá muy bien que alguno de estos versos se refiere a Ulises, otro a Hércules mismo, tal otro a Príamo, tal otro también a Menelao y Agamenón. Y, si toma estos versos para restituir cada uno de ellos a su libro original, hará desaparecer el tema en cuestión. Así ocurre al que guarda de manera inalterable en sí la «Regla de la Verdad», que ha recibido por medio de su bautismo: reconocerá los nombres, las frases y las paráboles procedentes de las Escrituras; pero no reconocerá el sistema blasfemo inventado por éstos. Podrá reconocer las piedras del mosaico; pero no tomará la silueta del zorro como retrato del Rey. Al reponer cada una de las palabras en su propio contexto y al adaptar al cuerpo de la verdad, descubrirá su ficción y demostrará su inconsistencia.

9,5. Puesto que a esta comedia (de enredo) no le falta más que el desenlace, es decir, que alguien ponga el punto final a su farsa, agregando una refutación en regla, creemos necesario subrayar ante todo en qué puntos difieren entre si los padres de esta fábula, inspirados como están por diferentes espíritus del error. Por tanto será posible desde ahora conocer exactamente, aún antes de que presentemos la demostración, tanto la sólida verdad proclamada por la Iglesia como la mentira preparada por estas personas.

SEGUNDA PARTE

UNIDAD DE LA FE DE LA IGLESIA
Y VARIEDAD DE LOS DISTINTOS
SISTEMAS HERÉTICOS

1. Unidad de la fe de la Iglesia

Los artículos de la fe

10,1. En efecto, la Iglesia, aunque esparcida por el mundo entero hasta los confines de la tierra, ha recibido de los apóstoles y de sus discípulos la fe en: un solo Dios Padre.

Todopoderoso, «que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuan-
to hay en ellos»^a, y en un solo Cristo Jesús, el Hijo de Dios, que
se encarnó^b por nuestra salvación, y en el Espíritu Santo, que ha
proclamado por medio de los profetas las «economías» (de Dios):
la venida, el nacimiento del seno de la Virgen, la Pasión, la Resu-
urrección de entre los muertos y la ascensión^c corporal a los cielos
del querido^d Jesu-Cristo nuestro Señor y su venida de lo alto de
los cielos en la gloria del Padre^e, para «recapitular todas las
cosas»^f, y resucitar toda carne de todo el género humano, a fin de
que ante JesuCristo nuestro Señor, nuestro Dios, nuestro Salva-
dor y nuestro Rey, según el beneplácito^g del Padre invisible^h,
«doblen su rodilla los seres celestiales, los de la tierra y los infer-
nales y toda lengua» le «confiese»ⁱ, y realice él en todos un justo
juicio, enviando al fuego eterno los «espíritus del mal»^k, y los
ángeles prevaricadores y apóstatas, así como los hombres impí-
os, injustos, inicuos y blasfemos^l, otorgando en cambio la vida,
la incorruptibilidad y la gloria eterna^g a los justos, a los santos^m,

10,1 a) Ex. 20, 11. Ps. 145, 6. Hech. 4, 24;^b 14, 15; b) Jn. 1, 14; c) Luc. 9, 51; d) Ef. 1, 6; e) Mat. 16, 27; f) Ef. 1, 10; g) Ef. 1, 9; h) Col. 1, 15; i) Filip. 2, 10-11; j) Rom. 2, 5; k) Ef. 6, 2. l) Mat. 18, 8; 25, 41; m) Tit. 1, 8,

a los que han guardado sus mandamientosⁿ y han permanecido en su amor^o, unos desde el principio^p, otros desde su conversión.

10,2. Por tanto, habiendo recibido esta predicación y esta fe, como acabamos de decir, la Iglesia, aunque esparcida por el mundo entero, las conserva con esmero como habitando en una sola mansión, y cree de manera idéntica, como no teniendo más que una sola alma y un solo corazón^a, y las predica, las enseña y las trasmite con voz ecuánime, como si no poseyera más que una sola boca.

Porque, aunque las lenguas del mundo difieren entre sí, el contenido de la Tradición es único e idéntico. Y ni las Iglesias establecidas en Germania, ni las que están entre los Íberos, ni las que están entre los Celtas ni las del Oriente, es decir, de Egipto y Libia, ni las que están fundadas en el centro del mundo, tienen otra fe u otra tradición; sino que, de la misma manera que el Sol, criatura de Dios, es uno e idéntico en el mundo entero, así esta luz de la predicación de la verdad brilla^b en todas partes e ilumina a todos los hombres^c, que quieren «llegar al conocimiento de la verdad»^d. Y ni el que es más elocuente enseñará más cosas — porque nadie es superior al Maestro^e — ni el que es parco en palabras disminuirá esa Tradición: porque siendo la fe una e idéntica, ni aquel que puede hablar mucho de ella la aumenta, ni aquel que poco la disminuye.

Cuestiones teológicas

10,3. El grado mayor o menor de ciencia no aparece en el hecho de cambiar la doctrina misma e imaginar falsamente a otro Dios superior al Creador, Autor y Alimentador de este mundo, como si ésta no nos fuera suficiente, o a otro Cristo, o a otro Unigénito.

10,1 n) Jn. 14, 15; o) Jn. 15, 10; p) Jn. 15, 27; q) II Tim. 2, 10. I Pedr. 5, 10. — 10,2 a) Hech. 4, 32; b) Jn. 1, 5; c) Jn. 1, 9; d) Tim. 2, 4; e) Mat. 10, 24; f) II Cor. 8, 15. Ex. 16, 18.

Sino he aquí en qué se prueba la ciencia de un hombre: en averiguar el significado exacto de las parábo las y hacer resaltar su coincidencia con la doctrina de la verdad; en exponer la manera cómo se realizó el designio divino de la salvación de la humanidad; en mostrar que Dios ha usado de longanimitad tanto ante la apostasía de los ángeles rebeldes, como ante la desobediencia de los hombres; en hacer conocer por qué un solo y mismo Dios ha hecho los seres temporales y eternos, los celestes y terrestres; en comprender por qué ese Dios, siendo invisible, apareció a los profetas, no en una sola forma, sino a unos de una manera a otros de otra; en indicar por qué han sido otorgados a la humanidad varios testamentos y enseñar cuál es el carácter propio de cada uno de ellos; en intentar saber exactamente por qué «ha encerrado Dios todas las cosas en la desobediencia para usar con todos de misericordia»^a; en dar gracias porque el «Verbo» de Dios «se hizo carne»^b y sufrió su Pasión; en hacer conocer por qué la venida del Hijo de Dios ha tenido lugar últimamente, o dicho de otro modo, por qué Él que es el Principio no ha aparecido hasta el fin; en recorrer todo lo que está contenido en las Escrituras acerca del fin y de las realidades futuras; en no callar por qué Dios ha hecho a los gentiles, cuando estaban sin esperanza^c, coherederos y miembros de un mismo cuerpo y «copartícipes»^d de los santos; en anunciar cómo «esta carne mortal se revestirá de inmortalidad, y esto corruptible de incorruptibilidad»^e; en proclamar cómo «el que no era su pueblo llegó a ser su pueblo y la que no era amada amada»^f, y en pregonar cómo «los hijos de la abandonada son más numerosos que los de la que tiene marido»^g.

A propósito de estas cosas y de otras semejantes ha escrito el Apóstol: «¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos^h!

10,3 a) Rom. 11, 32; b) Jn. 1, 14; c) Ef. 2, 12; d) Ef. 3, 6; e) I Cor. 15, 54; f) Onas, 2, 25. Rom. 9, 25; g) Is. 54, 1. Gal. 4, 27; h) Rom. 11, 33.

Por tanto no se trata de imaginar falsamente sobre el Creador y el Demiurgo a una Madre suya, o a la Madre de estas personas —o sea a la Enthímesis de un Eón extraviado— y llegar a tan gran blasfemia, ni imaginar tampoco sobre esa Madre a un Pleroma que contenga ora treinta Eones, ora una multitud innumerable de ellos.

Así se expresan estos maestros verdaderamente desprovistos de ciencia divina, en tanto que la verdadera Iglesia universal (católica) posee una sola y misma fe en el mundo entero, tal como lo hemos dicho.

2. Variedad de los distintos sistemas heréticos

Diversidad de las doctrinas profesadas por los valentinianos

11,1. Veamos ahora la enseñanza inestable de estas personas y cómo, desde el momento en que se reúnen dos o tres, no contentos de no decir las mismas cosas a propósito de los mismos temas, se contradicen mutuamente tanto de pensamiento como de palabra. El primero de ellos, Valentín, tomando los principios de la sobredicha secta «gnóstica», los ha adaptado al carácter propio de su escuela. He aquí cómo ha fijado su sistema: Existía una Dualidad innominable, uno de cuyos términos se llama Indecible y el otro el Silencio. A continuación este Dúo ha emitido un segundo Dúo, cuyos términos son el uno el Padre, el otro la Verdad. Esta Tétrada ha producido como frutos al Verbo y a la Vida, al Hombre y a la Iglesia: y he aquí la primera Ogdóada. Del Verbo y de la Vida han salido diez virtudes, como lo hemos dicho ya; del Hombre y de la Iglesia han sido emitidas otras doce Virtudes, una de las cuales después de haber abandonado el Pleroma, y haber caído en una falta, ha realizado el resto de la creación. Valentín coloca dos Límites: el uno, situado entre el Abismo y el Pleroma, separa los Eones engendrados del ingénito Padre; en tanto que el otro separa a su Madre del Pleroma. Cristo no ha sido emitido por los Eones del Pleroma, sino por la Madre, que,

cuando se hallaba fuera del Pleroma, le ha dado a luz según el recuerdo, que conservaba de las realidades superiores, con una especie de sombra. Como este Cristo era masculino arrancó de sí esa sombra y regresó al Pleroma.

La Madre, entonces, abandonada con la sombra y vaciada de la substancia espiritual, emite a otro hijo: es éste el Demiurgo, a quien llama también el todopoderoso de lo que está debajo de él. Al mismo tiempo que él, fue emitido también, según Valentín, el Primer Principio de la izquierda, de la misma manera que aquellos que serán llamados por nosotros los «gnósticos» de falso nombre.

En cuanto a Jesús, él le hace derivar ora del Eón que se ha separado de la Madre y se ha reunido con los demás, es decir, el Perfecto (Theletos), ora de aquél que regresó al Pleroma, es decir, de Cristo, ora también del Hombre y de la Iglesia. En cuanto al Espíritu Santo, dice que ha sido emitido por la Verdad para probar y hacer fructificar a los Eones: El entra en ellos de manera invisible y por medio de él, los Eones dan, como frutos, renuevos de Verdad.

Tal es la enseñanza de Valentín.

11.2. El segundo (de ellos) enseña que la primera Ogdóada comprende una Tétrada de derecha y otra de izquierda: la una es Luz, la otra tinieblas. En cuanto a la Virtud, que se ha apartado del Pleroma y ha sufrido la «deficiencia», no proviene de los treinta Eones, sino de sus frutos.

11.3. Otro, que está considerado como célebre maestro entre ellos, alcanza un conocimiento más elevado y más «gnóstico» y describe la primera tétrada de la manera siguiente:

Ante todas las cosas existe un Pro-Principio, pro-ininteligible, indecible e innominable, que yo llamo «Unicidad». Con esta Unicidad coexiste una Virtud que yo llamaría también «Unidad». Esta Unidad y esta Unicidad, siendo una misma cosa, han emitido, sin emitir, a un Principio de todos los seres ininteligible, ingénuo invisible, Principio que en el lenguaje común se llama «Mónada». Con esta Mónada coexiste una Virtud de la misma

substancia que ella, que yo llamaría el «Uno». Estas virtudes, esto es, la Unicidad, la Unidad, la Mónada y el Uno, han emitido al resto de los Eones.

11,4. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! verdaderamente es preciso pronunciar una exclamación así de trágica ante una formación semejante de nombres, ante la audacia de ese hombre que pone sin pudor nombres sobre sus falsas invenciones. Porque al decir: «Existe ante todas las cosas un Pro-Principio, un pro-ininteligible que yo llamaría 'Unicidad'» y: «con esta Unicidad coexiste una Virtud, que yo llamaría Unidad», confiesa él claramente que todas sus palabras no son más que una ficción y que él pone sobre esa ficción los nombres que ningún otro ha empleado hasta él. Sin su audacia, la verdad, según él, ¡no tendría nombre ni aún hoy en día!

Mas entonces nada impide que algún otro, tratando el mismo asunto, fije sus términos de la manera siguiente: Existe un cierto Pro-Principio real, un pro falto de inteligibilidad, un pro carente de substancia, un pro-pro dotada de redondez que yo llamaría «Calabaza».

Con esta Calabaza coexiste una Virtud que yo llamaría también «Supervanidad». Esta Calabaza y esta Supervanidad, siendo una misma cosa, han emitido, sin emitir, un Fruto visible en todas partes, comestible y dulce, Fruto que en el lenguaje común se llama «Cohambro». Con este Cohombro coexiste una Virtud de la misma substancia que él, que yo llamaría también «Melón»^a. Estas Virtudes, a saber, la Calabaza, la Supervanidad, el Cohombro y el Melón, han emitido todo el resto de la multitud de Melones delirantes de Valentín. Porque si es preciso conciliar el lenguaje común con la primera tétrada y si cada uno escoge los nombres que quiere ¿quién podrá impedir que se sirva de estos términos mucho más dignos de crédito, puestos en uso y conocidos de todos?

11,4 a) Num. 11, 5.

11,5. Otros han dado también a la primera y primitiva Ogdóada los nombres siguientes:

Ante todo está el Pro-Principio, después el Ininte-ligible, en tercer lugar el Indecible, en cuarto lugar el Invisible; del primitivo ProPrincipio ha sido emitido, en primer lugar y en el quinto, el «Principio»; del Ininteligible ha sido emitido, en segundo y sexto lugar, el «Incomprensible»; del Indecible ha salido en tercero y séptimo lugar, el Anónimo; y del Invisible procede, en cuarto y octavo lugar, el Ingénito, con el que queda completada la primera Ogdóada. Pretenden ellos que estas virtudes existieron antes del Abismo (Bytho) y del Silencio, a fin de aparecer como hombres más perfectos que los «perfectos», y más gnósticos que los «Gnósticos». Se les podrá decir con razón: ¡Pobres melones, que no sois más que viles sofistas y no hombres! Porque del Abismo (Bytho) mismo existen entre ellos diversas opiniones: Unos dicen que carece de cónyuge, porque no es ni macho ni hembra, ni absolutamente nada; otros dicen en cambio que es macho y hembra al mismo tiempo, atribuyéndole una naturaleza hermafrodita; y en fin otros le ponen al Silencio como compañera, a fin de que se establezca la primera syzygia (pareja).

12,1. Los más sabios de los que rodean a Ptolomeo dicen que el Abismo tiene dos esposas, a las que llaman también sus «disposiciones», y son éstas: la «Consideración» (Ennoía) (Pensamiento)¹ y la «Voluntad»: Porque, según ellos, él ha concebido en primer lugar en su mente lo que tiene que emitir y a continuación lo quiere.

Por eso de estas dos disposiciones o virtudes o sea del Pensamiento (Ennoia)² y de la Voluntad, mezclados, por así decirlo, el uno con la otra, se ha realizado la emisión de la pareja del «Unigénito» y de la «Verdad».

Los que han salido como figuras e imágenes de la dos disposiciones del Padre, imágenes visibles de disposiciones invisi-

1 Ennoia = género femenino en griego. — 2 Ennoia = género femenino en griego.

bles son: El Entendimiento que reproduce la Voluntad, y la Verdad, la Ennoia (el Pensamiento). Por eso el Eón macho es imagen de la Voluntad que ha sobrevenido, en tanto que el Eón femenino es la imagen de la Ennoia (Pensamiento), que no ha nacido. Porque la Voluntad ha sobrevenido como virtud del Pensamiento:

La Ennoia (el Pensamiento) pensaba desde entonces siempre en la emisión, mas ella era incapaz de emitir por sí misma lo que pensaba; en cambio cuando llegó la virtud de la Voluntad, entonces lo que la Ennoia pensaba, emitió la Voluntad

12,2. ¿No te parece, querido amigo, que esas personas han concebido en su mente al Zeus de Homero, mucho más que al Señor de todas las cosas? Porque el primero es torturado por las preocupaciones que le impiden dormir: se preocupa de saber cómo podrá honrar a Aquiles y hacer perecer a una multitud de griegos (Il. 2,1-4). El segundo, en cambio al mismo tiempo que piensa, realiza lo que piensa, y, al mismo tiempo que quiere, piensa lo que quiere: él piensa en el mismo instante en que quiere y quiere en el mismo instante en que piensa, porque Él es todo entero Pensamiento, todo entero Voluntad, todo entero Entendimiento, todo entero Luz, todo entero Ojo, todo entero Oído, todo entero Fuente de todos los bienes.

12,3. Los que creen ser más sabios que los precedentes dicen que la primera Ogdóada no ha sido emitida gradualmente, o sea un Eón derivando de otro: sino toda de una vez, de manera que los seis Eones que han sido dados a luz por el Pro-Padre y su Ennoia (Pensamiento) han sido emitidos juntos. Lo afirman con total seguridad, como si hubieran sido ellos mismos los que hubieran realizado el parto. Según ellos no son el Verbo y la Vida los que han emitido al Hombre y a la Iglesia; sino que han sido el Hombre y la Iglesia los que han engendrado al Verbo y a la Vida. Lo expresan así: cuando el Pro-Padre tuvo la idea de emitir algo fue llamado Padre por ello; como lo que había emitido así fue verdadero, a esto se le llamó Verdad; cuando determinó manifestarse, a esta manifestación se le llamó Hombre; cuando emitió a los que había considerado anteriormente, a éstos los llamó Igle-

sia; el Hombre profirió al Logos (Verbo)¹, que es el Hijo Primo-
gérito al que le acompaña la Vida. Y así fue completada la pri-
mera Ogdóada.

12,4. Pelean mucho entre sí por el tema del Salvador. Porque unos dicen que ha salido del conjunto de todos los Eones: y por este motivo se llama el Bien-agradado, porque pareció bien a todo el Pleroma honrar al Padre por medio de él. Otros en cam-
bio le hacen proceder de solos los diez Eones emitidos por el Verbo y la Vida: por eso se llama Verbo y Vida a Aquel que guarda el nombre de sus antepasados.

Otros le hacen derivar de los doce Eones producidos por el Hombre y la Iglesia: y por eso se proclama a sí mismo «Hijo del Hombre», como descendiente de ese Hombre.

Otros dicen que proviene del Cristo y del Espíritu Santo, que fueron emitidos para la consolidación del Pleroma; por eso se llama Cristo y conserva así el nombre del Padre por quien ha sido emitido. Otros dicen también que es el Pro-Padre de todas las cosas, el Pro-Principio, y el Pro-Ininteligible que se llama «Hom-
bre»: es el gran misterio escondido^a, porque la Virtud que está sobre todas las cosas y lo envuelve todo se llama «Hombre», y ésta es la razón por la que el Salvador se dice «Hijo del Hombre».

Marcos el Mago sus discípulos: prácticas mágicas orgías

13,1. Alguno de ellos se vanagloria de ser el corrector del Maestro. Lleva el nombre de Marcos. Muy diestro en artes mágicas, ha engañado con ellas a muchos hombres y a no pocas muje-
res, haciéndoles unirse a él como al gnóstico y perfecto por exce-
lencia, y como al poseedor de la mayor virtud que pueda proceder de lugares invisibles e inenarrables. Es un verdadero precursor del Anticristo, porque, mezclando los juegos de Anaxilao con las supercherías de los que se llaman magos, se hace pasar como

1 El traductor latino de San Ireneo deja la palabra griega «Logon» sin traducir. — 12,4 a) Ef. 3, 9. Col. 1, 26.

autor de milagros, ante los que no han tenido nunca juicio o que lo han perdido.

13,2. Simulando dar gracias (hacer la Eucaristía) delante de una copa mezclada de vino, y prolongando considerablemente la palabra de invocación, obra de suerte que aparezca esa copa purpúrea o roja. Hace ver entonces que la Gracia venida de regiones, que se hallan sobre todas las cosas, destila sangre en la copa de Marcos, como respuesta a su invocación, y los asistentes desean ardientemente gustar de ese brebaje, a fin de que también en ellos se vierta la Gracia invocada por ese mago. O bien ofreciendo a las mujeres copas semejantes les ordena hacer la Eucaristía en su presencia. Y hecho esto, trae él una copa mucho mayor, que la de aquella, que engañada ha hecho la Eucaristía, y vierte la copa más pequeña de la mujer en la copa grande, diciendo la fórmula siguiente:

«Que la Gracia incomprensible e inefable que precede a todas las cosas colme a tu hombre interior»^a, y multiplique en ti su conocimiento, sembrando el grano de mostaza en buena tierra^b. Después de proferir tales palabras, haciendo enloquecer así a la desgraciada, realiza una demostración de su taumaturgia, obrando de suerte que la copa grande sea llenada hasta rebosar por medio de la pequeña. Realizando otros prodigios semejantes, ha seducido y arrastrado tras sí a muchos.

13,3. Da la sensación de que le asiste el demonio mismo, gracias al cual profetiza él y hace profetizar a las mujeres, que juzga dignas de participar de su gracia. Le atraen las mujeres, sobre todo las que son más honestas, más ricas y cuyos vestidos están guarnecidos de púrpura. Cuando quiere atraerse a alguna de ellas, le suelta este discurso halagador: «Quiero que participes de mi Gracia, porque el Padre de todas las cosas tiene siempre en su presencia a tu Ángel^a. El lugar de tu Grandeza está en nosotros:

13,2 a) Ef. 3, 16; b) Mat. 13, 31-8. — 13,3 a) Mat. 18, 10.

es preciso que nos establezcamos en el Uno. Ante todo recibe de mí y por mediación mía la Gracia.

Prepárate como una esposa que espera a su esposo, a fin de que seas lo que yo soy, y sea yo lo que tú eres. Establece en tu lecho nupcial la simiente de la Luz.

Recibe de mí al Esposo, hazle un sitio dentro de ti y encuentra un lugar dentro de él. He aquí que ha descendido la Gracia sobre ti; abre tu boca y profetiza: al responderle la mujer entonces: «Yo no he profetizado jamás y no sé profetizar», él, haciendo nuevas invocaciones destinadas a asombrar a su víctima, le dice: Abre tu boca, di lo que quieras y profetizarás. Y ella seducida y envanecida por esas palabras, e inflamada su alma con la idea de que va a profetizar, siente latir su corazón mucho más deprisa que lo normal: se envalentona y se pone a proferir todas las bobadas que se le ocurren tontamente y descaradamente, como enardecida por un vano espíritu. Como lo ha expresado un hombre superior a nosotros a propósito de esta clase de personas: Es audaz y desvergonzada el alma que se enardece con vano espíritu. Y a partir de ese momento se cree una profetisa, y da gracias a Marcos, porque le ha hecho participar de su gracia. Y se dedica a recompensarle, no sólo dándole sus bienes —he aquí el origen de las grandes riquezas amasadas por este hombre— sino que, entregándole su cuerpo, está deseosa de estar unida a él en todo, a fin de descender con él al «Uno»

13,4. Pero algunas de las mujeres más fieles, que poseen el temor de Dios, no se dejan engañar. El trata de seducirlas como a las demás, ordenándoles profetizar; pero ellas, rechazándole y cubriéndole de anatemas, han roto todo comercio con una tan detestable compañía. Ellas saben con certeza que el poder de profetizar no es dado a los hombres por Marcos el Mago, sino que aquellos, a los que Dios ha enviado desde lo alto su gracia, son los que poseen el don divino de profecía, y hablan donde y cuando Dios quiere, no cuando Marcos lo ordena.

Porque Aquél que da una orden es mayor y más poderoso que aquél que la recibe, porque el primero actúa como jefe y el segundo como súbdito. Si por tanto Marcos o cualquier otro da las órdenes —como tienen costumbre de hacerlo en sus banquetes todas estas personas y, haciendo de oráculos, se da mutuamente la orden de profetizar y se hacen los unos a los otros las predicciones, según sus deseos— entonces aquél que ordena será más grande y más poderoso que el Espíritu profético, aunque no sea más que un hombre, lo que es imposible.

Lo cierto es que los espíritus, que reciben las órdenes de estas personas y hablan cuando quieren ellas, son mezquinos y débiles, aunque atrevidos y desvergonzados: son mandados por Satanás para seducir y perder a los que no guardan con firmeza la fe que recibieron desde el principio por medio de la Iglesia.

13,5. El mismo Marcos usa incluso de brebajes amorosos y hechizos, si no con todas las mujeres al menos con algunas de ellas, para poder deshonrar sus cuerpos.

Ellas, después de regresar a la Iglesia de Dios, han reconocido que han sido mancilladas muchas veces por él en su cuerpo y que ellas a su vez han experimentado una gran pasión por él. Uno de nuestros diáconos de Asia, por haberle recibido en su casa, tuvo la siguiente desgracia: su mujer, que era hermosa, fue corrompida tanto en su espíritu como en su cuerpo por este mago y fue seguidora de él durante largo tiempo; convertida después con gran dificultad por sus hermanos, pasó el resto de su vida haciendo penitencia, llorando y lamentándose por la corrupción que había recibido del mago.

13,6. Algunos de sus discípulos, moviéndose aquí y allí en el mismo ambiente que él, han seducido y corrompido a un gran número de mujeres. Se otorgan a sí mismos el título de «perfectos», persuadidos de que nadie puede igualar la magnitud de su conocimiento, ni Pablo, ni Pedro, ni ningún otro apóstol. Como saben más que todo el mundo, solamente ellos han agotado la grandeza del conocimiento del Poder indecible. Están en lo más

alto, encima de todo Poder: por eso pueden permitirse libremente todo y sin el menor temor. Gracias a la «redención» se hacen incomprensibles e invisibles para el Juez¹. Si, no obstante, ocurriera que se apoderara el juez de ellos, se detendrían en su presencia y fortalecidos por la «redención» dirían estas palabras²: «¡Oh ayudante de Dios y del Silencio místico, anterior a los Eones, tú eres aquella a quien los ángeles, que ven sin cesar la faz del Padre^a recurren como a guía y conductora, cuando llevan a lo alto sus formas. Eres la Mujer de gran audacia, que guiada por tu imaginación, y gracias a la bondad del Padre, has emitido unas formas, que somos nosotros, como imágenes de los ángeles susodichos, porque tenías presentes en el espíritu, como en un sueño, las realidades de arriba. He aquí que ahora el Juez está muy cerca y que el alguacil me invita a presentar mi defensa: Tú en cambio, que conoces la naturaleza de nosotros dos, presenta al Juez la justificación nuestra en caso de que formemos una sola unidad», Al oír estas palabras, la Madre³ les cubre inmediatamente del casco homérico del Hades, para que, hechos invisibles, puedan escaparse del Juez (Demiurgo).

Inmediatamente cogiéndolos los introduce en el tálamo nupcial y los devuelve a sus Esposos.

13,7. Por medio de palabras y acciones de esta suerte han seducido a una gran número de mujeres hasta en nuestras regiones del Ródano. Algunas de ellas, cuya conciencia se halla marcada al rojo vivo^a, hacen penitencia incluso públicamente. Otras, en cambio, se avergüenzan de un gesto así y se retiran en silencio, perdiendo la esperanza de la vida de Dios^b: mientras unas han apostatado totalmente, otras en cambio quedan en suspenso, no estando, como dice el proverbio, «ni fuera ni dentro», y saboreando el «fruto» de la simiente de los hijos de la «gnosis».

13,6 a) Mat. 18, 10. — 1 El juez es el Demiurgo. — 2 Es una inovación a Acamoth. — 3. Acamoth. — 13,7 a) I Tim. 4, 2; b) Ef. 4, 18-19.

Marcos el Mago: gramaticología y aritmología

14.1. Por tanto como este Marcos afirma haber sido él solo, como hijo único, el seno y el depositario del Silencio de Colarbáso, he aquí de qué manera ha puesto en el mundo la «simiente» depositada en él.

Asegura que la tétrada Superior, viniendo de lugares invisibles e indecibles, descendió a él en la forma de una mujer: porque, según él, el mundo no podía soportar el elemento masculino. Ella le manifestó quién era, y le refirió detalladamente, a él solo, el origen de todas las cosas, que no había revelado nunca, ni a ninguno de los dioses, ni a ninguno de los hombres, de la manera siguiente: Cuando al principio el Padre, que no tiene Padre, que es inconcebible y carente de substancia, que no es ni macho ni hembra, quiso que fuera expresado lo que en él era indecible y que recibiera una forma lo que en él era invisible, abrió su boca, y profirió una Palabra semejante a él: esta Palabra, manteniéndose a su lado, le manifestó lo que él era, apareciendo como la Forma del Invisible.

La enunciación del Nombre se hizo de la manera siguiente: El Padre pronunció la primera parte de su Nombre, que fue «arje» (el Principio) y fue ésta una sílaba que contiene cuatro elementos; añadió después la segunda sílaba, que contiene también otros cuatro elementos; pronunció a continuación la tercera, que tenía diez elementos; y finalmente pronunció la última, que contenía doce elementos. Por tanto la enunciación del Nombre entero se hizo con treinta elementos y cuatro sílabas.

Cada uno de esos elementos tiene sus letras peculiares, su propio carácter, su enunciación propia, sus rasgos, sus imágenes; pero no hay ninguno que tenga la forma propia de él; y no sólo lo ignoran ellos conjuntamente, sino que cada elemento ignora también la enunciación de su vecino, y hace aún su propio sonido y se imagina expresar el todo. Cada uno de ellos, que no es más que una parte del todo hace resonar su propio sonido, como si fuera el todo, y no cesan los sonidos hasta que, proferidos todos uno

tras otro sucesivamente, llegue a resonar la última letra del último elemento.

El fin de todas las cosas tendrá lugar, dice la tétrada, cuando todos los elementos, concurriendo en una letra única, hagan oír un solo y mismo sonido, del que existe una imagen, según ellos, cuando todos unidos nos dicen: «Amén». Tales son por tanto los sonidos que forman al Eón sin substancia e ingénito; ellos son las formas que el Señor ha llamado Ángeles que ven sin cesar la faz del Padre ^a.

14,2. Los nombres comunes y expresables de los elementos, prosigue la tétrada, son: Eones, Palabras, Raíces, Simientes, Ple-romas, Frutos; en cuanto a las propiedades características de cada uno de ellos, están encerradas y comprendidas en el nombre de Iglesia.

La última letra del último de los elementos hizo oír su voz, cuyo sonido, saliendo del Todo, engendró unos elementos propios a imagen de los elementos de ese Todo: nuestro mundo y lo que ha existido antes de él provienen de los elementos engendrados de esa manera.

La letra misma, cuyo sonido se propagaba así hacia abajo, fue tomada arriba por su sílaba para que se completara el Todo; en cambio el sonido quedó abajo como algo arrojado fuera.

El Elemento mismo, de donde había descendido la letra a las regiones inferiores con su enunciación comprende treinta letras según la Tétrada; y cada una de estas treinta letras contiene en sí otras, que sirven para nombrarla; y estas últimas letras, a su vez, son nombradas por medio de otras, y así sucesivamente, de suerte que la multitud de letras llega hasta el infinito.

Comprenderás mejor de esta manera lo que ella quiere decir: por ejemplo, el elemento «delta» tiene en sí cinco letras, a saber, la delta misma, la épsilon, la lambda, la tau, y el alfa; estas letras

a su vez se escriben por medio de otras letras, y estas últimas por medio de otras.

Si por tanto toda la substancia de «delta» se extiende así hasta el infinito, por el hecho de que no cesan las letras de engendrarse unas a otras y de sucederse. ¡Cuánto mayor aún será el océano de las letras del Elemento por excelencia!, y si una sola letra es así de inmensa, puedes comprender cuál será la cantidad de letras que supondrá el Nombre entero, puesto que, según la enseñanza del Silencio de Marcos es de letras de lo que está constituido el Pro-Padre.

Este es el motivo por el que el Padre, viendo su propia incomprendibilidad, ha dado a cada uno de los elementos —que Marcos llama también Eones— la facultad de emitir su propia sonido, por el hecho de que es imposible que uno solo pueda resonar como el Todo.

14.3. Despues de haber hecho conocer todo esto, la Tétrada dijo a Marcos: Quiero mostrarte también la Verdad misma, porque la he hecho descender de las moradas superiores para que tú la veas desnuda y puedas contemplar su hermosura y también para que la oigas hablar y admires su sabiduría. Ves por tanto, arriba, su cabeza, que es el alfa y omega, su cuello que es la beta y psi, sus brazos y manos, que son la gamma y ji, su pecho que es delta y fi, su cintura que es epsilon e ypsilon, su vientre que es dseda y tau, sus partes que son eta y sigma, sus muslos que son zeta y rho, sus piernas que son cappa y omicrón, sus tobillos que son lambda y xi, sus pies que son my y ny. ¡He aquí, según el Mago, el cuerpo de la Verdad, he aquí la estructura del Elemento, he aquí el carácter de la Letra! A este elemento da él el nombre de Hombre: y es, según él, la fuente de toda Palabra, el principio de toda voz, la expresión de todo lo Indecible, la boca del Silencio silencioso. He aquí por tanto tu cuerpo. Mas tú, prosigue la Tétrada, alzando más arriba los pensamientos de tu espíritu, escucha, de la boca de la verdad, la Palabra engendradora de sí misma y donadora del Padre.

14,4. Cuando la Tétrada habló de esta manera, la Verdad se fijó en Marcos, y, abriendo la boca pronunció una palabra: esta palabra fue un nombre, y este nombre es el que conocemos y hablamos: «Cristo-Jesús»; después de pronunciar este nombre, calló inmediatamente. Cuando Marcos esperaba que la verdad dijera algo más, apareció la Tétrada y dijo: ¿Has creído despreciable la palabra que has oído de la boca de la Verdad? El nombre que tú conoces y crees poseer no es más que un Nombre antiguo: porque no posees más que el sonido de ese Nombre e ignoras su valor. Porque Jesous (Jesús) es un Nombre famoso que tiene solamente seis letras, conocido de todos los «llamados»; mas el Nombre, que se encuentra entre los Eones del Pleroma, se compone de muchas partes, es de forma y tipo diferentes y conocido solamente de aquellos que son sus parientes, cuyas «Grandezas» están siempre ante él.

14,5. Por tanto estas veinticuatro letras¹, en uso entre vosotros, son emanaciones figurativas de tres Virtudes que contienen el número total de los elementos de arriba.

Las nueve consonantes mudas son figuras del Padre y de la Verdad, que son «mudos», es decir indecibles e inefables. Las ocho semivocales simbolizan al Logos y a la Vida, porque son como una vía intermedia entre las mudas y las vocales y reciben tanto la emanación, de lo que está encima de ellas, como la elevación de lo que está debajo.

En fin, las siete vocales representan al Hombre y a la Iglesia, porque saliendo del Hombre es como la voz ha formado todas las cosas: porque el sonido de la voz los ha envuelto con una forma.

El Logos y la Vida tienen por tanto el número ocho, el Hombre y la Iglesia el número siete, el Padre y la Verdad el número nueve.

14,4 a) Mat. 20, 16. — 1 El alfabeto griego tiene 24 letras.

A causa de la cuenta deficiente, el que estaba junto al Padre descendió, enviado fuera a aquél de quien se había separado, a fin de enderezar lo hecho, para que la unidad de los Pleromas, coseyendo la igualdad, fructifique en todos y produzca una sola Virtud procedente de todos. Así el número siete ha recibido el valor del número ocho y se han hecho tres lugares semejantes para recibir las Ogdóadas, porque, al venir el número ocho tres veces, ha manifestado el número veinticuatro. Y los tres elementos que Marcos dice estar unidos por syzygias a tres virtudes, y que hacen así el número seis, de donde derivan los veinticuatro elementos así doblados y multiplicados por la cifra de la indecible tétrada dan también ese mismo número 24.

Según él, estos elementos pertenecen al Innominable; pero se revisten de las tres virtudes asemejanza del Invisible. Imágenes de estos elementos son las letras dobles de nuestro alfabeto: añadiendo estas letras a los veinticuatro elementos se obtiene por analogía el número treinta.

14,6. El fruto de este cálculo y de esta «economía» apareció, según él, a semejanza de la imagen^a en aquél que después de seis días^b, subió a la montaña en cuarto lugar y llegó a ser el sexto; a continuación descendió y se detuvo en la Hebdómada, cuando era la célebre Ogdóada y tenía en sí el número total de los elementos, número que manifestó el descenso de la paloma, cuando vino a bautizarse, y es el alfa y la omega, que hacen el número 801. Por eso dice Moisés que el hombre ha sido creado el día sexto^c y por eso la «economía» ha tenido lugar también el día sexto, que es la Parasceve, día en que el segundo hombre apareció para regenerar al primero; y el principio y el fin de esta «economía» tuvo lugar en la hora sexta, en la que fue clavado al madero. Porque el Entendimiento perfecto conociendo que el número seis posee una virtud de creación y regeneración, ha

14,6 a) Rom. 1, 23; b) Mat. 17,1. Marc. 9, 2; c) Gen. 1, 31.

manifestado a los hijos de la luz (d) la regeneración realizada por medio del número insigne aparecido en el segundo Adán.

De aquí proviene que las letras dobles posean también ellas un número insigne, según Narcos: porque el número insigne mezclado con los veinticuatro elementos produce el Nombre de treinta letras.

14,7. Y el número insigne utilizó como ayuda la Magnitud de siete números, tal como dice el Silencio de Marcos, a fin de que se manifieste el «fruto de su libre decisión». Según la Magnitud, debes comprender que este número insigne al presente es el que ha sido formado por otro número insigne anterior, que separado en partes, ha quedado truncado y fuera, y que por su propia virtud y prudencia, por medio de la emisión que de él proviene, ha colocado un alma en nuestro mundo, (este mundo que comprende siete virtudes a imitación de la virtud de la Hebdómada), y ha hecho de ella el alma del universo visible.

Se sirve él de esta obra como de una cosa producida por él mismo; y, en cambio, las demás cosas, siendo imitaciones de realidades inimitables, están al servicio de la Enthimesis de la Madre. El primer cielo hace oír el sonido de alfa, el siguiente cielo el sonido de épsilon, el tercero el sonido de eta, el cuarto situado en medio de los siete, el sonido de iota, el quinto el sonido de omicrón, el sexto el sonido de ypsilon y el séptimo, que ocupa el cuarto lugar a partir de la iota, el sonido de omega.

He aquí lo que asegura el Silencio de Marcos, que cuenta una serie de tonterías, sin decir ninguna verdad. Todas estas Virtudes según él, conjuntamente resuenan y glorifican al que las ha emitido, y la fama de este concierto llega hasta el Pro-Padre. El sonido de esta glorificación, dice él, llevado a la tierra, convierte a ésta en autora y engendradora de lo que hay sobre ella.

14,8. Marcos lo prueba por medio de los niños recién nacidos, cuya alma, tan pronto como sale del seno materno, hace oír

14,6 d) Luc. 16, 8; Jn. 12, 36; Ef. 5, 8; I Thess. 5, 5.

el sonido de cada uno de esos elementos. Así como, dice él, las siete Virtudes glorifican al Logos, así el alma de estos niños llorando y gimiendo glorifican a Marcos mismo. Por eso dijo David: «De la boca de los niños y de los que maman has preparado tú una alabanza»^a. Y también: «Los cielos narran la gloria de Dios»^b. Por este motivo cuando el alma se halla en los sufrimientos y trabajos, apropiados para su purificación, hace oír el sonido de omega, como señal de alabanza, a fin de que el alma que se encuentra arriba, conociendo a su pariente le envíe socorro abajo.

14,9. Tales son las divagaciones de Marcos a propósito: del Nombre entero, que se compone de treinta letras; del abismo (Bytho), que se acrecienta con las letras de ese nombre; del cuerpo de la Verdad, que comprende doce miembros, cada uno de los cuales compuesto de dos letras; de la Voz que ella ha proferido sin proferir; de la explicación del Nombre no proferido; del alma del mundo y del hombre, según la «economía» de la imagen que ellos tienen.

Vamos a referir ahora cómo su Tétrada ha revelado, a partir de los nombres, una virtud de igual número: de suerte que tú querido amigo, no ignores nada de lo que ha llegado a nuestro conocimiento de sus pareceres, tal como a menudo nos lo has pedido.

15,1. He aquí cómo su más sabio Silencio refiere el origen de los veinticuatro elementos.

Con la Soledad coexiste la Unidad, de las que proceden dos emisiones, tal como lo hemos indicado, a saber, la Mónada y el Uno; las cuales dobladas son cuatro, porque dos y dos son cuatro. Después el dos y el cuatro unidos hacen aparecer el número seis. Finalmente estos seis multiplicados por cuatro dieron a luz las veinticuatro formas. Los nombres de la primera Tétrada, que son sacrosantos, y no pueden expresarse con palabras: son conocidos únicamente por el Hijo; y el Padre sabe cuáles son. En cam-

14,8 a) Ps. 8, 3; b) Ps. 18, 1.

bio otros que son pronunciados por Marcos con gravedad (autoridad) y fe son los siguientes: Arretos (Indecible) y Seigé (Silencio) Pater (Padre) y Alezeia (Verdad). Esta Tétrada se compone de veinticuatro elementos.

En efecto, la palabra «Arretos» tiene siete letras; Seigé, cinco; Pater, otras cinco; y Alézeia, siete: estas letras unidas entre sí, o sea dos veces siete y dos veces cinco, dan un total de veinticuatro. De la misma manera la segunda Tétrada, es decir, Logos y Dsoe (Vida), «Anzropos» (Hombre) y Ecolesía (Iglesia) presenta el mismo número de elementos. El nombre narrable del Salvador, es decir «Jesous (Jesús) tiene seis letras, en cambio su nombre inenarrable veinticuatro. Las palabras «Uios-Jreistos (Hijo Cristo)» contienen doce letras, mientras que lo que hay de inenarrable en Cristo se compone de treinta letras. Por eso dice Marcos que él es el alfa y omega = 801 para designar la «peristerá» (la paloma)^a, ya que esta ave posee precisamente ese número.

15,2. Según él, Jesús tiene el siguiente origen inenarrable. De la Madre de todos los seres, es decir de la primera Tétrada, salió, a manera de una hija, la segunda Tétrada, con lo que se formó la Ogdóada, de la que surgió una Década. Hubo así una Década y una Ogdóada. La Década uniéndose a la Ogdóada, o sea multiplicada ésta por diez engendra el número ochenta (80); después multiplicado 80 por diez origina el número 800, de manera que el número total de letras desarrolladas de la Ogdóada a la Década sea de 888, es decir, Jesous: porque esta palabra de «Jesous», según el cómputo de las letras griegas, hace el número 888. ¡Tienes así, según ellos, de manera manifiesta el origen supraceste de Jesús! Por eso el alfabeto de los griegos tiene ocho unidades, ocho decenas y ocho centenas, mostrando así al número 888, es decir a Jesús, que se compone de todos los números.

Por eso se le llama alfa y omega, que significan su origen a partir de todo Marcos razona también de la manera siguiente: Estando la primera Tétrada formada según la progresión de los números, ha aparecido el número diez: porque $1 + 2 + 3 + 4 = 10$, y este número se expresa con la letra iota, y lo quieren identificar ellos con Jesús (Jesous).

De la misma manera la palabra «Jreistos» (Cristo), teniendo ocho letras, significa la primera Ogdóada, que, unida al número 10, a la iota, ha originado a «Jesous» (al 888).

Se dice también, recalca él, «Uiós-Jreistós» (Hijo Cristo): Es la Dodécada, porque la palabra «Uios» tiene cuatro letras, y la palabra Jreistós (Cristo) ocho, de manera que unidas hacen aparecer la grandeza de la Dodécada.

En cambio, según él, antes de que el distintivo de ese nombre Jesús (Jesous) apareciera a sus hijos, se hallaban los hombres en una ignorancia y un error profundos; y cuando se manifestó el Nombre de seis letras revestido de carne, para descender a la sensibilidad del hombre, teniendo en sí el número seis mismo, como también el número 24, entonces los que le conocieron vieron que desaparecía su ignorancia, se elevaron de la muerte a la vida, hecho su nombre el camino para conducirles al Padre de la Verdad^a. Porque el Padre de todas las cosas quiso suprimir la ignorancia y destruir la muerte. Ahora bien, la supresión de la ignorancia era la «gnosis» del Padre. Y por eso fue elegido^b, según su voluntad, aquel hombre que fue preparado según la «economía» a imagen del Poder de Arriba.

15.3. De una Tétrada surgieron los Eones.

Ahora bien en esta Tétrada estaban el Hombre y la Iglesia, el Logos y la Vida. Por tanto de estos cuatro Eones, según Marcos, brotaron las «Virtudes» que engendraron a Jesús aparecido sobre la tierra: el ángel Gabriel ocupó el lugar del Logos, el Espíritu Santo el de la Vida, la Virtud del altísimo el del Hombre, y

15,2 a) Jn. 14, 6; b) Luc. 9, 35.

en fin la Virgen el de la Iglesia^a. Así, según él, fue engendrado por medio de María el hombre de la «economía» al que, al pasar por el seno materno, lo eligió el Padre de todas las cosas^b por medio del logos para su propio conocimiento. Cuando este hombre de la «economía» vino a las aguas del Jordán, se vio descender sobre él, en forma de paloma^c a Aquel que se elevó a las alturas y completó el número doce, y en quien se hallaba la simiente de los que fueron sembrados con él, y descendieron y ascendieron con él.

Esta «Virtud» que descendió así, era según Marcos, la simiente del Padre, simiente que contenía en sí tanto al Padre como al Hijo, como a la «Virtud» conocida entre ellos como el Silencio innominable y a todos los Eones.

Es éste, según el mismo Marcos el Espíritu que habló por boca de Jesús, declarándose Hijo del Hombre y manifestando al Padre, después de descender sobre Jesús y quedar unido a Él. El Salvador salido de la «economía» ha destruido la muerte, dice Marcos, y ha hecho conocer a su Padre, el Cristo. Jesús es por tanto el nombre del hombre salido de la «economía», y constituió a imagen y semejanza del Hombre que debía descender a él.

Cuando le recibió, tuvo en ese momento en él al Hombre mismo, y al Logos mismo y al Padre y al Indecible, así como al Silencio, a la Verdad, a la Iglesia y a la Vida.

15,4. Esto excede a los ¡Ah!..., a los ¡Ayes! y a todas las exclamaciones e interjecciones trágicas posibles. En efecto ¿quién no odiará a aquel mal posta, que es productor de tan grandes mentiras, cuando vea la verdad convertida por Marcos en ídolo y en un ídolo marcado al fuego con las letras del alfabeto? Hace poco, mirando desde el principio o, como se dice, desde ayer o antes de ayer los griegos, por propia confesión suya, han recibido en primer lugar de Cadmos dieciséis de esa letras; después, con el transcurso del tiempo, ellos mismos han encontrado

15,3 a) Luc. I, 26, 35; b) Luc. 9, 35; c) Mat. 3, 16.